

CLAUDIO HERNÁNDEZ



OTOÑO
LLUVIOSO

CONTINUACIÓN DE "EL FRÍO INVIERNO"

Otoño Lluvioso

Claudio Hernández

Primera edición eBook: septiembre, 2017.

Título: Otoño Lluvioso.

© 2017 Claudio Hernández.

© 2017 Diseño de cubierta: DNY59 gettyimages

© 2017 Diseño de cubierta: IG_Royal istockphoto

© 2017 Corrección: Tamara López

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados

¿Otra vez aquí? Pues sí, os la debía, pero primero la dedicatoria. Este libro se lo dedico a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Esta vez me he embarcado en otra aventura que empecé en mi niñez y que, con tesón y apoyo, he terminado. Otro sueño hecho realidad. Ella dice que, a veces, brillo... A veces... Y yo ya estoy empezando a creérmelo...

Otoño lluvioso

Jack pies de pluma se fue a la mierda literalmente, pero fue comidilla durante los meses posteriores al frío invierno, durante la primavera de fresa, como la llamaban los lugareños, y el verano sitiado, en el que los lagartos esperaban en las canteras, sacando su lengua rosada. Ya nadie hablaba del reverendo Larry, nueve meses después. En octubre, llegaron las intensas lluvias y llegó él de nuevo. Era Jack pies de pluma y el sheriff Burt Duchamp estaba desquiciado con la presencia de los hombres del FBI y sus ridículos trajes recién planchados. Su animadversión ahora hacia la cerveza había crecido, pero había llenado la panza con más de dos kilos de grasa como manteca. Seguía siendo fiel a ella, a pesar de todo.

Se despertó sudoroso, como si hubiera sido empujado por un resorte colocado en su espalda, y la imagen de unas braguitas de color rosa con encaje blanco cubierto de hojas húmedas, le dio verdadero pánico. Un martillo ardiendo le golpeaba dentro de su corazón. Se llevó las manos a la cara y notó con sorpresa que sus dedos se humedecieron. Fuera, la lluvia de aquel otoño, casi tan complejo como el frío invierno más duro de los últimos años, caía con tanta fuerza que las gotas parecían perdigones al impactar contra el suelo, la chapa de los vehículos y los tejados de madera. Sonaba como un ruido de fondo, de constante repiqueteo, como los dedos de un forajido nervioso sobre la barra de un polvoriento bar del oeste.

Y, entonces, mirando hacia la ventana, vio cómo un rayo rajaba en dos el cielo oscuro antes de explotar como un misil, y recordó la imagen de una cara. La cara de una

chica joven, con los ojos muy abiertos, mojados de lluvia, la boca tapada con una mano enguantada con cuero oscuro, mientras alguien, con la otra mano, empujaba la enorme cruz hacia dentro, penetrándola con violencia hasta rajarla viva, desgarrarla y ver la sangre mezclarse con el agua de la lluvia.

Era la misma imagen que vio cuando le cogió la mano a Larry tras suicidarse, salvo que ahora no había nieve, sino lluvia. Esto desconcertó a Peter, que movió la cabeza como si quisiera desprenderse de las gotas de la lluvia. Pero el reverendo Larry, el apodado Jack pies de pluma, era ya un pasado que había dejado, eso sí, una fuerte huella en Boad Hill.

Peter escribió la historia y, más o menos, se convirtió en un éxito de ventas, pero lo que más le interesaba a sus lectores, curiosos y periodistas, era su don. Esa laguna oscura y la visión en el interior de la persona. Y, por ello, Peter se aisló del mundo, encerrándose esos malditos nueve meses en su casa con su padre John, que seguía viendo las tetas de Christie y, otra vez, meando sangre.

Y sí, Peter también tenía sueños eróticos con Ann. Todavía la deseaba. Pero Ann era muy escurridiza. Había hecho las paces con Denny, su hermano, pero no lograba hacerle un hueco al lado de Ann.

Y, con el fuego en la garganta, volvió a recordar la última imagen de su pesadilla. Esas braguitas rosas y las hojas cubriéndolas y protegiéndolas de la lluvia.

Había dejado atrás el frío invierno y ahora estaba en la estación del otoño lluvioso.

Entonces sonó el teléfono móvil, con el tono de Fancy, China Blue, sonando como un susurro, destino de un mal augurio en mitad de la noche. Algo que presagiaba Pe-

ter cuando con sus dedos largos alzó el teléfono y contestó.

1

—Peter, la pareja del FBI me tiene desquiciado. Dicen que antes que esta hubo otra más, a unos cuarenta kilómetros de aquí. En Place Land, también en dirección a Boston, junto a Main Road. Ya sabes, donde se realizaron las autopsias de aquellas desgraciadas. Ese tal William tiene trabajo de nuevo. Te necesito...

—¿Qué? —chilló Peter.

Y colgó.

2

El tono cálido de Fancy, China Blue sonó de nuevo bajo la luz de los relámpagos y el fortuito ruido que hacía que pareciese que el mundo se iba a partir en dos. No escuchaba la música, pero si veía la luz brillante de la pantalla táctil de su teléfono, enfocando al techo como una linterna. Una luz blanca se arrastró desde el techo hasta la pared para iluminar, finalmente, el rostro de Peter, quien, con su pulgar derecho, apenas presionaba el botón verde que se iluminaba tras la pantalla táctil. En la parte superior ponía Burt.

—No estoy disponible —dijo Peter no muy seguro de sí mismo.

—Peter, te necesito. Tanto Ethan como Charlotte me están tocando los cojones y han invadido mi ciudad, joder...

—¿Quiénes son ellos? —le atajó Peter con un relámpago reflejado en los cristales de sus gafas. Se las había puesto antes de coger la primera llamada de Burt.

—Los del FBI.

—¿Y qué hacen aquí?

—Dicen que encontraron a una tal Maya Grey a las afueras de Place Land, cerca de Main Road, al parecer en muy mal estado. Tenía gusanos en los ojos. —Hubo un corto silencio que pareció extenderse en la noche, y añadió—. Estaba en el bosque, cubierta de hojas, con los ojos abiertos y desgarrada en sus partes, tal como sucedió el invierno pasado.

Peter sintió como le quemaba en el estómago.

—¿Y qué quieres de mí?

—Acabamos de descubrir otro cadáver. También de una chica joven, no sé si te lo he dicho antes. Son chicas muy jóvenes, de la edad de la escuela secundaria. Se trata de Kaylee Collins, hija de Liam, de la calle Road 44. La pobre desgraciada está rajada desde el culo hasta el vientre y el asesino ha mantenido sus ojos abiertos, que ahora están llenos de agua de esta maldita lluvia. Necesito tu ayuda, Peter.

Hubo otro momento de silencio en el que se escuchó el trueno rasgado de otro relámpago y, después, unos chasquidos en la comunicación.

—¿Y qué quieres? ¿Que vaya por toda la ciudad dando la mano a todos los vecinos y con una estúpida sonrisa dibujada en mi cara? ¿Qué les digo? ¿"No es nada, es solo para saber si es usted el asesino"?

Burt se echó a reír. No tenía por qué.

—No lo mires así. Viste los asesinatos del reverendo Larry después de muerto. Así que he pensado...

—Que vaya a tocar a la pobre chica y empuje en ella para ver si veo la cara del asesino, ¿es así?

Burt no respondió.

Un relámpago sesgado cruzó la ventana de lado a lado y, cuando el estampido del trueno llegó al suelo, el cristal bailó dentro del marco.

—Quizás sí —dijo Burt con voz sosegada. De fondo se escuchaba la lluvia incesante y lo que podrían ser las gotas rebotando en su sombrero de fieltro.

—Déjame en paz —dijo Peter y colgó.

3

John, el padre de Peter, estaba levantado, repantigado en el sofá con las luces de la pantalla de televisor proyectándose en su rostro pálido y lánguido. Tenía la mano sobre la zona de la vejiga y contraía los labios algunas veces cuando se movía. La última meada había sido por la tarde y le costó horrores echar una cuantas gotas de orina mezclada con sangre. No se asustó, pero el dolor agudo del bajo vientre hizo que viera las estrellas a través de los nubarrones de ese fastidioso otoño. Sentía que su hora estaba llegando, pero no le decía nada a su hijo. Eso nunca, llegó a susurrar en el cuarto de baño mientras se agachaba del dolor y reposaba su cara sobre el borde de la taza del retrete con la frente llena de sudor.

El susurro de la televisión embriagaba el aire del salón y, de vez en cuando, este se iluminaba de un blanco intenso cuando el cielo se rompía en trozos por un rayo. Entonces, el susurro de Christie se ahogaba en el imperioso ruido atronador.

Peter se ajustó bien las gafas y bajó las escaleras con los pies enfundados en calcetines. Unos de color blanco que tenían dos números más de pie. Tenía problemas con las uñas y un calcetín ajustado le molestaba con punzadas en las esquinas de las uñas enterradas. De vez en cuando, se le infectaban las pequeñas heridas de debajo de las uñas y tenía que cortárselas sin miramiento, hasta la raíz, para proponer a su organismo una uña nueva, rezando para que no se clavara.

Lo que Burt le había dicho le había dejado desconcertado y no sabía si había escuchado bien ni qué hacer. A medida que descendía los peldaños en silencio, la luz que proyectaba la pantalla del televisor lamía sus pies hasta las rodillas.

¿Había una nueva víctima? Sí. ¿Se trataba de un caso aislado? Al parecer, no. ¿Utilizaba el mismo modus operandi? ¿Había querido decir eso Burt? Al bajar el último escalón, produciendo un ruido carnosos, vio que su padre estaba viendo el canal cuatro.

—Papá, ¿qué haces despierto tan tarde?

John ladeó la cabeza.

—No podía dormir.

—La tormenta, ¿verdad?

Las luces de la pantalla del televisor se reflejaron en los cristales de sus gafas.

—¿Y tú? ¿Qué haces en batín? ¿Vas a beber un trago de leche? La última gota me la he bebido yo...

—No. —Le interrumpió Peter, haciendo muecas con la boca—. No bajaba precisamente a por eso. —Se había quedado bloqueado. No sabía qué responder, pero siguió andando hacia donde estaba su padre y después, bordeó el sofá para tomar asiento al lado. Al dejarse caer, fue como si una pluma hubiera sido puesta con suavidad sobre el asiento.

—Entonces, ¿a qué coño has bajado?

—La tormenta no me deja dormir —mintió Peter encogiéndose de hombros y esbozando una leve sonrisa, que apenas si brilló en la penumbra.

—No te creo —dijo su padre estirando el labio inferior en una ligera sonrisa.

—Yo tampoco te creo —acució Peter mirándole a los ojos, que parecían dos cigarrillos encendidos en la oscuridad. Después cambiaron a un color verde y, finalmente, a una mezcla de azul y amarillo.

—He visto una película de Clint Eastwood —explicó John volviendo la mirada al televisor, que brillaba como un árbol de Navidad. Un rayo atravesó el corazón del cielo y todo se volvió blanco.

—¿Qué película?

El sordo y atronador estampido que vino después de la luz, rajó el cielo en varios pedazos y rajó el cristal de la ventana en un ruido inquietante.

—El jinete pálido. Esa es de las buenas.

Peter sonrió.

—Yo prefiero El sargento de hierro —acució, y su sonrisa se convirtió en una risotada casi histérica.

—¿Te has visto en el espejo? —inquirió su padre—. No durarías en el ejército ni un solo día.

—Por algo me libré. —La risotada dio paso a una mueca que ocupaba la barbilla y la nariz.

Se habían olvidado del cristal agrietado. En realidad, ni siquiera se habían dado cuenta de ello.

4

La lluvia caía con fuerza y sus trajes estaban empapados, como una gran mancha oscura en medio de docenas de linternas iluminando el cuerpo sin vida de Kaylee Collins. Las luces azules y amarillas de los dos coches patrulla rebotaban en su rostro, parcialmente tapado, y en los frondosos árboles, como si quisieran horadarlos. El viento era intenso y la sensación térmica era especialmente fría. Pero la pareja de Expediente X, como los había bautizado Burt Duchamp, permanecía allí, encorvada delante del cadáver como si nunca hubieran visto a nadie en esas condiciones.

El coche oficial de ellos, un Ford gris, no tenía luz alguna sobre el techo, pero sus faros apuntaban directamente hacia el cadáver de Kaylee, atrapada entre las hojas.

El agente Lloyd Chambers también estaba allí y Jack Hodge. , por supuesto, Martín y Richard. Cubiertos con un chubasquero amarillo transparente, parecían luciérnagas en medio de la noche. Estaban apoyados en el capó del coche, con las manos en el hueco del cinturón. Sus rostros estaban serios y mojados. Sus ojos, inexpresivos. Las bocas cerradas, como cremalleras. Burt los miró de reojo a todos

y frunció el ceño bajo el sombrero de fieltro. Ellos sabían lo que quería decir.

El hombre alto, con cabello castaño y nariz puntiaguda, se acercó a Burt totalmente empapado, mientras levantaba su mano derecha al tiempo que mostraba su identificación del FBI, con una fotografía que le hacía parecer mucho más viejo. El hombre tendría unos cuarenta años y era de constitución normal, ni muy delgado ni muy gordo. Eso sí, no tenía panza.

—Soy el agente del FBI Ethan Morrison —dijo con un acento muy del sur, con un inglés muy refinado.

Burt ya sabía sus nombres y que pertenecían al FBI. Estaba disimulando.

—¡Ah! —graznó Burt, como si no supiera nada y escupió al suelo, a su derecha. Después sonrió y añadió—. Un poco de saliva no se notará con tanta lluvia, ¿verdad?

La mujer, con traje gris y cabello largo oscuro, se dio la vuelta, con una mano sujetándose el mentón, como si la cabeza le pesara mucho, y la otra mano bajo el codo para hacer refuerzo.

—¿Sabe quién es esa chica? —preguntó Ethan, dejando a un lado las discrepancias que parecían haber crecido entre ambos.

—Quizá no. ¿Lo sabe usted?

Ethan le miró fijamente, con la cara empapada de agua y miles de gotas acariciándole la piel.

—Ahora no, pero mañana seguro que lo sabré todo acerca de ella.

Burt esbozó una sonrisa y escupió otra vez.

La mujer se volvió a dar la vuelta.

—Lo siento, es que algo me ha sentado mal esta noche y no puedo dejar de escupir. —Se llevó la mano a la nuez y dijo—. Siento un sabor agrio en la garganta y no sé cómo quitármelo.

—Ya —dijo Ethan volviendo a guardar su identificación mojada, en un bolsillo inundado por el agua.

La escena del crimen se iluminó por un gran foco de un blanco intenso: el de un rayo.

5

—¿Sigues enamorado de ella, verdad? —preguntó su padre a Peter, mientras de fondo seguía escuchándose el repiqueteo de las gotas de la lluvia.

Peter asintió con la cabeza.

—Sí, papá. Estoy perdidamente enamorado de ella. Pero se me resiste. —Peter tenía la cabeza cabizbaja, rellena de luces de colores. Sus gafas brillaron levemente.

—Pues cógele la mano y haz uso de ese brillo que tienes para descubrir cómo conquistarla.

—Sabes que no salgo de casa. Todos esos curiosos, los periodistas. Todo se me hace muy grande. No puedo soportarlo. En las redes sociales todavía se sigue hablando de mí.

—Pero es un don que tienes, hijo. —Le mesó el cabello, aguantándose una punzada de dolor en el bajo vientre, y añadió—. Te lo dio tu madre antes de dejarnos definitivamente.

Peter levantó la cabeza, muy lentamente, como si fuera una gran bola de hierro levantada por una gigantesca

grúa. Cerró los ojos.

—Son tantas cosas —dijo y no supo con qué continuar. Solo apretó las manos formando un puño blanco. Se clavó las uñas en las palmas de las manos, le dolió, sí, pero no se hizo ninguna herida.

John cogió, con sus dedos destartalados, el mando a distancia y cambió al canal cuatro. Christie estaba allí, con el pelo engominado y los ojos bien abiertos. Miró el reloj de la pared y vio que marcaba las doce y media. En la parte de abajo de la pantalla del televisor, atravesaba un rotulado que decía:

Nueva víctima mortal encontrada en las cercanías de Boad Hill.

Los ojos de John se abrieron como platos, y no precisamente por las tetas de Christie, sino por la noticia. Pulsó el botón de volumen durante un rato y la voz se elevó por encima del repiqueteo de la lluvia.

—Agentes del FBI se encuentran en nuestra ciudad por la aparición de un nuevo cadáver que nos recuerda al ya olvidado Jack pies de pluma, ya que al parecer, nos informan de que se ha encontrado a una chica joven asesinada de la misma forma que lo hacía el reverendo Larry. Al parecer, hace poco se ha encontrado un anterior cadáver con el mismo modus operandi en las cercanías de Boad Hill, en Place Land. Si siguen atentos a este canal, les seguiremos informando, ya que por el momento todo el mundo está desconcertado...

John bajó el volumen de la televisión y giró la cabeza para mirar a su hijo.

Interrumpiendo el silencio más absoluto entre ambos, su padre preguntó:

—¿Vas a ayudarles?